



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—María Tudor, reina de Inglaterra (continuacion), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Al Despertar (poesia), por don Antonio Arnao.—Contra Soberbia Humildad (continuacion).—Lucia (cuento original), por don Rafael Monares Insa.—Modas.—Teatros.

INSTRUCCION.

Obras de la marquesa de Lambert.

Ya hemos manifestado á nuestras amables lectoras el propósito que tenemos de irles dando á conocer aquellas obras, escritas espresamente para su instruccion, y que por su antigüedad ú otras causas, les son quizá desconocidas.

Las obras de la marquesa de Lambert, cuya traduccion publicó la condesa de Lalaing, y dedicó á la princesa doña Isabel de Borbon, son un precioso tratado de educacion é instruccion, basado en elocuentes consejos, en máximas sábias, y en esa ilustrada moral cristiana que enaltecia á nuestros abuelos, y enaltece hoy á las personas bien educadas.

Creyendo útil é importante dar una idea de esta obra, aunque nos dejemos llevar de nuestras reflexiones en algunos puntos, emprendémos una tarea, sobre la que nunca insistiremos lo bastante.

Era en el siglo pasado en el que se publicaba esta obra, era en el reinado del inolvidable Carlos III, que no ponía trabas á las letras, y sin embargo, los vicios de que entonces adolecía la educacion é instruccion, adolece hoy: los defectos de entonces son los de ahora: ¿se-

rá pues inútil nuestra insistencia sobre este punto? En Francia, en España, en casi toda Europa, los mismos errores, iguales preocupaciones.

Pero aun debemos remontarnos mas adelante; esto es, á la época en que la marquesa de Lambert escribió sus obras; siendo de interés que demos algunas noticias acerca de tan ilustrada escritora francesa.

Ana Teresa de Marguenat de Courcelles, marquesa de Lambert, era hija de un jefe del Tribunal Mayor de Cuentas de París, donde nació en 1647. Huérfana de padre á los tres años, casó su madre con un escritor, que conociendo las felices disposiciones que fué revelando su hija política, se complacia en cultivarlas, y se encargó de su educacion literaria.

Casó Ana Teresa á los 19 años con Enrique de Lambert, marqués de Saint-Bris, que murió de teniente general, dejándola un hijo y una hija, en cuya educacion empleó la viuda todos sus talentos, á la vez que atendió con éxito á sus intereses, disputados por los parientes de su esposo.

Establecida en París, recibía tan escogida sociedad, que el sábio Fontenelle decia que su casa era quizá la única que se preservó de la enfermedad epidémica del juego, la única donde podia hablarse razonablemente, etc. Buena

y modesta la marquesa, no pensaba en glorias literarias, cuando se dió á conocer con los *Consejos de una madre á su hijo, y Consejos de una madre á su hija*: los escribió solamente para los suyos: vieron los manuscritos algunos amigos de confianza, los copiaron y los imprimieron. Gran pesar la causó el saberlo: temia la publicidad, que suele costar á las mujeres la felicidad; porque creyendo ella que la modestia es una de las primeras virtudes de las mujeres, consideraba que la reputacion literaria era enteramente opuesta á la modestia. Temia ser juzgada como *mujer docta*, segun Boileau; la imponia el ridículo, y en vano buenos escritores, el público y Fenelon alababan sus obras, traducidas á muchos idiomas; negando su propio mérito, retiró á fuerza de dinero la edicion de otra obra, publicada tambien sin su consentimiento.

Sus biógrafos la retratan con una alma tierna y llena de benevolencia para todos, á pesar de haber encontrado muchos ingratos: en cambio tuvo buenos é ilustres amigos.

A su muerte, acaecida en París en 1733, (á los 86 años de su edad), dejó escritos *Los tratados de la amistad y de la vejez*.

Reflexiones sobre las mujeres, sobre el gusto y sobre la riqueza.

Discursos metafísicos sobre el alma, sobre el amor, etc., y otros varios de que daremos cuenta. Escribió tambien una novela titulada *La Ermitaña*.

A. Pirala.

HISTORIA.

MARIA TUDOR.—Continuacion.

IX.

A hora muy avanzada de la noche, cuando rendida la Reina empezaba, calmados sus padecimientos, á entregarse al reposo, oyó abrir la puerta de su antecámara.

Gardiner se presentó en ella diciendo que necesitaba hablar al momento á la Reina.

María saltó de su lecho, y le mandó entrar.

Despues de despedir á sus damas con un ademán, la Reina se sentó, indicando á su Ministro que hiciese lo mismo.

—¿Qué teneis que comunicarme, mi buen Gardiner? le preguntó la Reina con ansiedad.

—Un hecho, señora, que va á herirla en el corazón: no se trata ahora de una conspiracion fraguada por revolucionarios descontentos con todo gobierno que les rije: se trata, señora, de una persona ligada á V. M. por los vínculos de la sangre y de la gratitud.

—Juana Grey! dijo sorprendida la Reina, á la que puse en libertad no há mucho!

Gardiner calló.

Fijó la Reina en él su mirada interrogadora, y debió cruzar por su mente una sospecha cruel, porque su semblante se puso lívido.

Entonces Gardiner la presentó varios papeles que llevaba en la mano.

María los tomó con visible agitacion. ¡Al mismo tiempo anhelaba y temia conocer la verdad!

Aproximó los papeles á la luz y los dejó caer, exhalando un gemido que partió del fondo de su corazón. ¡Entre ellos acababa de reconocer la letra de su hermana Isabel! ¡Tambien la princesa, olvidándose de sus deberes para con la Reina, menospreciando sus beneficios, la trataba de *bastarda y papista*, conspirando con sus enemigos! Tamaña ingratitud no podia concebirla siquiera el alma enérgica, pero leal de María.

Gardiner se levantó.

—¿Adónde vais, le dijo la Reina?

—A mandar llamar á la princesa para demostrarla que está descubierta su perfidia.

—No, dejadla, dejadla; que se entregue durante algunas horas mas á ese sueño tranquilo que tan pocas veces viene á posar sobre los párpados de los reyes! repuso María con amargo acento.

A la mañana siguiente, segun lo tenia de costumbre, la princesa se presentó á la Reina, para preguntarla como habia pasado la noche.

El semblante de María estaba tan pálido, sus facciones tan demudadas, sus ojos tan apagados, que Isabel no hubiera dejado de sorprenderse á no haber presenciado el accidente de la noche anterior. Atribuyéndolo únicamente á aquella indisposicion, se acercó serena y con aire de tierna solicitud á abrazarla.

María se estremeció involuntariamente al sentir sobre su frente abrasada por la fiebre los lábios frescos y sonrosados de Isabel.

La princesa lo notó.

—¿No habeis dormido esta noche, hermana mia? la dijo con hipócrita dulzura. ¿Os habeis sentido peor despues que me retiré.

María fijó en ella sus ojos con una espresion de dolor comprimido, pero sin responder.

—La Reina, dijo entonces Gardiner con acento de severa reconvenccion, no ha dormido, señora, no ha descansado un momento; la Reina ha pasado una de las noches mas amargas de su triste vida, ¿y sabeis por qué?

—¿Por qué? preguntó la princesa con inquietud.

—Porque al examinar estós papeles, y Gardiner los presentó á la jóven, ha encontrado que quienes conspiran contra ella no solo son Juana Grey y su marido, á los que devolvió la libertad; no son solo los protestantes, á cuya cabeza se ha presentado Wiat; sois vos, vos, señora, que habeis hallado en el corazon de la Reina el amor de una madre y la ternura de una hermana!

Isabel se puso en estremo pálida. Conoció que su turbacion la vendia.

—Obispo de Winchester, repuso vivamente, vuestro deber es el de defenderme, no el de acusarme. Esas cartas son falsas, completamente falsas; yo no las he escrito: es una calumnia fraguada por mis enemigos, que quieren perderme en el ánimo de la Reina; es en fin...

—No os justifiqueis, señora, repuso Gardiner interrumpiéndola. ¿Qué mas pruebas necesita la Cámara para juzgaros?

—Ah! callad, callad, dijo al punto la Reina: ¡Inocente ó culpable os perdono, Isabel!

X.

Aquel mismo dia comenzó el proceso contra Juana Grey y su esposo. Ambos fueron sentenciados por la Cámara á la última pena. Nadie ignoraba que la jóven y bella princesa no habia hecho mas que ceder á los ruegos de su intrigante padre político y de Dudley, pero al decretar su muerte alegaron la necesidad de privar para siempre á los enemigos de la Reina de un pretexto de guerras y desórdenes. ¡Así la pura y encantadora Juana fué victima de ambiciones y proyectos de que no participó jamás!

La vispera de su ejecucion enviola María un sacerdote católico, ofreciéndola en su nombre la vida si abjuraba su religion.

La princesa se negó, respondiendo que no que-

ria verse separada en esta y en la otra vida de su esposo Dudley.

El embajador de España, que no tuvo poca parte en las peripecias de aquel sangriento drama, asistió como testigo á la decapitacion de la princesa y de su esposo, que tuvo lugar en la Torre donde estaban prisioneros.

Las declaraciones de los procesados por su causa, pusieron tan de manifiesto la parte que en ella habia tomado Isabel, que fué conducida igualmente á la Torre.

María no ignoraba que aun desde allí, no cesaba la princesa de conspirar en union con la Francia. Tal vez por esta razon, ó lo que es mas probable, por temor de que si moria sin hijos se restableciese en Inglaterra el rito protestante, pidió entonces autorizacion á las Cámaras para disponer libremente de la sucesion á la corona. Las Cámaras viendo en esto un ataque á la independencia de la nacion, se negaron á cumplir los deseos de la Reina, concretándose únicamente á votar las cláusulas del contrato matrimonial.

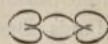
Empezaron al momento los preparativos para la llegada de Felipe, á quien se esperaba muy pronto. La Reina que solo le conocia por el retrato deseaba vivamente verle. Cumpliése por fin su deseo, quedando prendada de su régio consorte. Felipe por el contrario, nada hizo para ocultar su desvio, ni pagar con una demostracion de cariño á la sincera ternura de la Reina. María se vió aquella vez defraudada, como tantas otras en sus esperanzas y sus afecciones! Acaso su corazon herido por tan crueles desengaños, se dilató ante la perspectiva de un amor tranquilo y correspondido, pero esa ilusion se desvaneció para siempre!

El príncipe español se hallaba animado de los mismos deseos que la Reina, respecto al total establecimiento de la religion católica. El Parlamento pidió por medio del Soberano la absolucion del Papa, y en su consecuencia, éste mandó como su representante al cardenal Polo. El navío que lo condujo llevaba en su proa una gran cruz de plata en señal de la alta mision que iba á desempeñar.

Su llegada se celebró con singular ostentacion, y el prelado empleó su benéfica influencia para inclinar el ánimo de Felipe en pró de las medidas de tolerancia y humanidad.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.



LITERATURA.

AL DESPERTAR.

Como el eco doliente del arpa
que resuena en el bosque sombrío;
como en plácida noche de estío
de la fuente lejana el rumor;
murmurando en acento apacible,
me despierta una voz misteriosa,
cuando en nubes de nácar y rosa
muestra el alba su lumbre de amor.

Blanca sombra mis párpados abre
á la luz rutilante del día,
derramando en el ánima mia
viva llama de luz celestial:
quiero ver su gentil hermosura,
y en el cielo perderse la miro:
solo escucho su amante suspiro
cual un eco de voz inmortal.

—¡Es mi madre que angélica viene
á inspirarme en mi triste morada!
Vuela el alma de dicha embriagada
de sus blandos suspiros en pos;
y vibrando gozosa la lira,
en mi canto de amor misterioso
va mezclado su nombre amoroso
con el nombre celeste de Dios.

ANTONIO ARNAO.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

V.

DONDE MENOS SE PIENSA....

«Non créo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas.»

(Romancero.)

Largo rato pasó Inés llorando el cruel desengaño que había venido á destruir en su corazón aquel bienestar que experimentaba pensando en Eduardo, pues la herida que le causara una sola palabra, era cada vez mas profunda. Desesperanzada, por-

que como hemos dicho, no podia persuadirse de que pudiese aquel hermoso jóven amar á una mujer completamente ignorante, forjaba en su alterado cerebro mil planes á cual mas descabellados de pueriles venganzas, que se disipaban con la misma rapidez que los concebía, y que no daban otro resultado que avivar mas y mas el recuerdo del que se esforzaba en olvidar, y que á despecho suyo renacia cada vez mas hermoso.

Al fin pensó que era una debilidad retirarse vencida sin haber luchado, y se resolvió á volver noblemente á ocupar su puesto á la cabecera del enfermo, ocultando su cándido amor y su despecho hasta donde le fuese posible.

Halló Inés á Eduardo solo, pero las cortinas de la paralítica un poco entreabiertas, dejaban asomar aquel rostro enjuto, pálido y risueño, que en medio de sus guiños y contorsiones, dirigía al enfermo miradas benevolentes y llenas de espresion.

—¿Cómo os encontrais, señor? preguntó Inés maquinalmente, fijando en el suelo una mirada distraída.

Eduardo la miró con atencion, y haciéndole señas de que se sentase en el sitio que antes ocupaba, le dijo alargando su mano fuera de la cama.

—Ven, Inés, yo quiero leer en tu corazón como en un libro abierto, y tú me ocultas alguna cosa... ¿por qué has huido?

—Señor... yo... nada... iba...

—Levanta los ojos y mírame frente á frente; tú no sabes mentir... habla... allí (añadió señalando á la paralítica) está tu madre, mudo testigo de la buena fé de mis palabras... ¿no es verdad?

Y dirigió una mirada á la pobre anciana, que le respondió con el gesto que traducían sonrisa.

La simpática voz del enfermo abría el corazón de Inés á una esperanza consoladora, á una esperanza que iba mas allá de lo que ella se había imaginado, pero su cerebro, trastornado con la herida del amor propio, le presentaba en cada frase una ofensa, haciendo caer aquellas esperanzas en el abismo de la desesperacion y el desengaño.

Aquel momento en que Eduardo se dirigió á su madre bastó para hacerla recobrar el ánimo pronto á desfallecer, y entonces entabló con los dos una de esas conversaciones vacías de sentido, en la que al través de su aparente frivolidad, asomaba un desaliento que no se escapó á la penetracion del enfermo.

Aquel esfuerzo de la pobre Inés duró muy poco: levantando los ojos hacia Eduardo, sorprendió una mirada tan ardiente, tan apasionada, que no

queriendo abandonarse de nuevo á sus peligrosas esperanzas hubo de recurrir al temor y se dijo á sí misma :

—¿Si habrá pensado en hacer de mí una de sus queridas?

Aquella idea, que no se le habia ocurrido hasta entonces, la hizo enderezarse con dignidad, y Eduardo vió entonces frente á frente aquellos dulces ojos fijos en él con una espresion fria y serena, que le hizo perder el color, y le anudó la voz en la garganta.

Tal vez no hubiera podido Inés sostener por mas tiempo su atrevida serenidad, si la voz de Isabel, que la llamaba, no hubiera venido á sacarla de aquel compromiso.

Salió apresuradamente de la sala, corrió al encuentro de Isabel, que la aguardaba con la vecina que volvía de la villa, y despues de encargar á Jorge que se volviese al lado de su señor, empezó á examinar uno á uno los encargos que le enviaba su madrina, y que venían cuidadosamente colocados en una canastilla de mimbrés.

Los ojos de Inés resplandecieron como dos estrellas, y apareció de nuevo la sonrisa en sus labios azulados.

Acababa de percibir entre un ramillete de violetas tempranas una carta de Teresa. La violeta era su flor favorita, y su buena madrina habia tomado aquella carta por una señal evidente de nuevos amoríos que bendecía con toda el alma, porque adoraba ciegamente á Inés, y todo su afán era arrancarla de la oscuridad de la aldea.

Por eso su madrina era la que menos lágrimas habia vertido por el pobre Francisco, la que mas se lamentaba al ver los estragos que el dolor hacia en su hermosa é inocente abijada, la que comprendía toda la delicadeza de sus nobles sentimientos, y la que rodeaba sus cartas de su perfume favorito : la parálitica la amaba, la adoraba, pero nunca se le hubiera ocurrido una cosa semejante.

Inés salió apresuradamente al campo, y ocultándose en uno de los jardinillos cubiertos de maleza, se sentó en un banco de piedra ornado en mejores días de jazmines y madreselvas, y se puso á leer la carta de Teresa, mezclándose á la agitacion que le causaban siempre las cartas de su amiga, el recuerdo grato y melancólico á la vez de Eduardo de Santibañez.

París, 25 de Febrero de 1811.

« Querida mia : Solo el deber de cumplirte mi palabra puede obligarme hoy á tomar la pluma,

porque ¿sabes tú, pobre Inés, toda la fatiga y el malestar que se experimenta dos dias despues de un sarao tan magnífico como el de la princesa Medora, que es la reina de la Moda en París?

» Dificilmente podré yo tampoco darte una idea de aquella gran fiesta, que dejará en mi corazon un recuerdo eterno ; de aquella hermosa noche en que logré alcanzar el mayor de mis triunfos, viendo humilladas á mis ojos las damas de la antigua nobleza, y las decantadas bellezas de la corte imperial.

» El palacio de la princesa Medora, era un albergue encantado ; desde el pié de la escalinata de mármol, arrancaban dos filas de jarrones de porcelana del japon con graciosos arbustos en flor, maravillas debidas al invernadero, y que nos trasportaban á los mas bellos dias de primavera. Por todas partes tapices de Aubusson, chimeneas esculpidas, obras maestras de la escuela flamenca, y siempre la elegancia, siempre ese buen gusto, siempre nuevas preciosidades que admirar.

» El aspecto del salon era magnífico. La princesa habia reunido en torno suyo cuanto París encierra de noble y deslumbrador.

» Entré en aquel templo del buen gusto apoyada en el brazo del general, que loco de amor, no habia escaseado medio alguno para que mi traje fuese tan rico y elegante como sencillo. Mi vestido, de raso blanco, tenia por único adorno guirnalda de rosas de Gueldres, en cuyo centro brillaba un purísimo diamante de Golconda. Mi cabeza se trastorna cuando recuerdo la sensacion que mi presencia hizo en el ánimo de la princesa.... palideció, miró á todas partes, y vino á besarme en la frente con la sonrisa en los labios, pero sus ojos vomitaban llamas. Desde aquel momento, mi triunfo fué completo ; una nube de sonrisas, de ramilletes, de homenajes me envolvía por todas partes, hasta el punto de hacerme creer que yo era algun sér sobrenatural, la hada misteriosa, reina de aquella fiesta encantada, y en aquel momento en que ví humilladas ante la flor de la montaña (como aquí me llaman) las mas renombradas y orgullosas bellezas, lamenté con toda mi alma que mi pobre hermano no pudiese abandonar su lecho de mármol para venir á presenciar mi triunfo. Oh ! Inés. Tú no sabes lo que es triunfar así públicamente de las que escuchadas con sus títulos se creían mas fuertes que yo ! Hubiera dado la mitad de mi vida por esta hermosa noche.

» Pero escucha... mi corazon no tiene secretos para tí... en torno de la princesa Borghese, revolvo-

teaba un príncipe polaco, la figura mas gallarda y mas aristocrática del mundo. El príncipe saludó al general, dió distraidamente algunas vueltas por el salon, y sin mirar á la hermosa María Paulina, vino á ofrecerme su mano para el baile. Inés!.. ven, ven, mi corazon no puede contener sus latidos. Un Príncipe! El amante de la hermana del Emperador! gran Dios! qué felicidad la mia! pobre general! estaba pálido como la muerte! Bah! ¿qué mujer rehusa el homenaje de un Príncipe?

« El tiempo vuela, ven, Inés, ven; el general me pregunta sin cesar: ¿Cuándo veremos llegar á la hermosa misionera? Ven pronto á los brazos de la feliz

Teresa.

LUCIA,

cuento original

POR D. RAFAEL MONARES INSA.

A. Amalia.

Mucho tiempo há que habia contraído la obligacion de dedicarte lo primero que escribiese.

Lucía, pues, te pertenece.

Recíbela en prenda de nuestra fraternidad, y como un cariño que te profesa—RAFAEL.

I.

Lucía tiene diez y siete años.

Sus ojos azules como los de las vírgenes de las *baladas alemanas*; su cutis trasparente y fino, y su talle esbelto, como las palmeras nacidas en los abrasados arenales del Africa, la hacen una creacion digna de un pintor ó de un poeta.

Pudiera ser una heroína de las novelas de Walter-Scot.

Lucía era la reina del valle.

Los campesinos la respetan y la veneran como á su hermana predilecta, y sus hermanas, las hijas de la aldea, la envidian, cuando los domingos ciñe á sus diminutos piés los borceguies de color de avellana, y á su flexible talle la saya de color de escarlata.

—¡ Está tan bella !!

Sin embargo, Lucía es desgraciada.

Fuera feliz si como hasta de ahora se entretuviera en regar las enredaderas que crecen á la sombra de la cabaña: en cuidar de sus cabras y sus

palomas, y en velar por su anciana madre, que ciegucecita é impedida, pasa la vida tomando el sol en el corral durante el invierno, y durmiendo en verano á la luz de la luna.

Pero ahora... ¡ ay! ¡ ahora siente en su corazon el tristísimo eco de un pesar, y en sus párpados brilla de vez en cuando alguna lágrima silenciosa y melancólica !...

—¿Qué tiene Lucía? acaso lo sabrá su madre?...

No, su madre no lo sabe. Para la pobre ciega, la niña es feliz, cual lo es ella al recibir sus besos, y al sostenerla entre sus brazos; tan feliz como el ruiseñor que trova en las cercanas alamedas...

—¡Pobre Lucía !!

II.

Solo un hombre, ha leído en el corazon de la aldeana.

Este hombre es Tomás.

Tomás, es el amante de Lucía.

Su edad raya en los diez y ocho años; su frente altiva y serena parece desafiar los rigores y la desgracia, y sus brillantes ojos, negros como el desengaño, parecen querer atravesar el alma y medir sus arcanos mas secretos.

Y Tomás es correspondido.

Lucía no es amor lo que siente por él, es delirio, es fanatismo, pero un fanatismo que la domina y la esclaviza dulcemente, sin que ella se atreva á oponer la mas leve resistencia.

Sabe que existe otro aldeano, que la ama tambien, cuya cabaña es mas rica, y que la puede dar collares de perlas con que adornar su garganta de nieve, y ocho pares de magníficos bueyes blancos, y palomas y conejos, ¿pero qué le importa?...

¿No es mas dichosa soñando en su amor, y formando castillos en el aire, y esperando en el porvenir?... ¿Podrá tanta riqueza compensar el placer que siente al dividir con su amante sus alegrías y su contento?...

No. Lucía es mas feliz así.

Feliz !! Pobre Lucía!..

Llora y sufre... ¿pero por qué?..

Os lo voy á decir.

Tomás va á cumplir los diez y ocho años. Dentro de quince dias tendrá la edad suficiente para entrar en quinta; antes de un mes tal vez la suerte le habrá condenado á tener que vestir el capoton del soldado, y tendrá que ausentarse, y dejar sus hogares, y su familia y su amor....

Lucía no ignora nada de esto.

Sin saber porqué, al pensar en ello las lágrimas han asomado en sus ojos, y el corazon ha suspirado...

Y su madre no puede ver su llanto....
Y ella no puede decir á su madre que llora....
Y enjuga sus párpados, y está alegre y sonríe....
—¡Lucía es tan feliz!!..
—Feliz!!.. ¡Sábelo Dios!!..

III.

Pasaron treinta días.
En la aldea de.... se habia efectuado el sorteo de los mozos que habian de ir á servir al Rey.
Tomás era soldado. Habia metido el brazo en el cántaro y habia sacado el número dos.

La niña hizo bien en llorar: lo presentia el corazon.

Iba á abandonar para siempre su casa y sus amigos, su patria, y lo que es mas... iba á abandonar á Lucía!..

—Pobre Tomás!!....

IV.

Era una noche del mes de Junio.

La luna dejaba ver en la esfera su disco de plata.

Todo dormia.

Arboles y frutos, pájaros y cascadas todo yacía en sepulcral silencio.

Lucía lloraba.

Apoyada en el brazo de Tomás, esperando la luz de la aurora para separarse, sabe Dios por cuánto tiempo, hablaban de sus proyectos, de sus ambiciones y de su porvenir.

Así pasaron algunas horas.

Luego el cielo comenzó á teñirse de un color blanquecino; la virgen de la noche tornóse pálida, sin duda de vergüenza, al divisar en lontananza la aurora, mas rica de colores y brillantez, y un nuevo día comenzó á tomar vida al otro lado de los mares.

Era llegado el caso de separarse.

En los párpados de Lucía habianse agrupado nuevas lágrimas, sus sollozos eran mas violentos, su agitacion mas profunda.

Tomás callaba: su frente preñada de un mundo de pensamientos tristísimos habíase vuelto sombría, y sus ojos retrataban el sentimiento y la amargura que envenenaba el alma.

Estendió la mano en direccion al cielo, y teniendo en la otra una de las de Lucía, hablóla así:

—En ese cielo, junto al trono de Dios, mora mi madre. Júrote, Lucía, por su memoria, amarte siempre hasta que deje de existir. Ahora... Adios!

—No, no... espera.... gritó la infeliz niña: yo tambien quiero hacerte un juramento. Óyeme:

—Por ese Dios, dijo, que recibe desde el cielo

mi juramento, cuyo cuerpo fué enclavado en la cruz, te prometo no ser de otro hombre mientras existas en el mundo. En prenda de mi juramento, toma.

Y dió á Tomás una pequeña cruz de oro, que llevaba pendiente del cuello, regalo sin duda de alguno de sus antepasados.

El infeliz amante, ébrio de amor, temeroso de perder para siempre á aquella mujer, se acercó á ella y depositó un beso en su frente.

Era el desposorio de sus dos almas.

V.

Hemos dicho que otro aldeano amaba á Lucía.

Este aldeano era Jorge, hombre de unos treinta y dos años, bondadoso y de un corazon noble y ardiente.

Lucía sabia que su pasion era profunda, hija de la conviccion, nacida en una edad en que pudiera llegar á ser eterna.

Pero Lucía no podia amarle.

Habíale tratado siempre casi como á un padre, y aunque una simpatía verdadera le ligaba á él, no por eso dejaba de ser una simpatía hija de la amistad, sin que en ella entrase otro interés de ningun género.

Le amaba como se ama á un hermano, ó á una persona á quien se viene tratando de continuo, pero no sentía por él el mas ligero desvelo, ni la inquietud mas leve.

Su anciana madre no ignoraba el amor de Jorge: lo que es mas todavía, habíale fomentado esperando que dentro de algun tiempo llegara á ser el esposo de su hija.

El plazo se habia cumplido; hacia dos años que Tomás se habia ausentado de la aldea, y Lucía contaba diez y nueve.

Dispuesta á revelarla sus proyectos, hablóla un día, y concluyó ensalzándola el brillante porvenir que á su vista se desplegaba.

—«Jorge es rico, la dijo, Jorge te ama como se puede amar á los treinta y dos años; ámale tú tambien, casáos, y yo bendeciré vuestra union.»

Lucía no contestó.

Retiróse á su lecho, y cuando el sol se alzaba, antorcha del mundo en un nuevo día, encontróla con los ojos enrojecidos por el llanto.

No habia dormido.

—¡Qué feliz seria Tomás, cuando el astro le contase que la habia sorprendido llorando á su recuerdo!!..

(Se concluirá.)



MODAS.

Con la transición tan repentina de temperatura que hemos experimentado estos días, y que es tan común en el clima de Madrid, las novedades de primavera se ostentan en el *Prado* tan variadas y graciosas como las flores que esmaltan los campos y los jardines. Entre las ligeras y vistosas telas que se disputan las primicias de la estación, y cuyo detalle hemos espresado en nuestras anteriores revistas, figuran en primera línea la muselina de seda y el barés. La muselina de seda, que se reserva para traje de gala, se pavonea con volantes chinoscos, ó de cuadrillos menudos, de un efecto tan distinguido como nuevo. El barés, que se presenta este año tan mejorado en su clase, como variado en sus lindas disposiciones, está destinado á ser el traje de uso mas general, cuando la señorita *Primavera* se despida, y el caballero *Estío* abra sus salones, bajo la azulada bóveda tachonada de estrellas, ó entre los verdes y ondulados pabellones de la enramada.

Los cuerpos fruncidos y los de aldeta se disputan la preferencia, y por mas que se diga que va decayendo la moda de las aldetas, éstas se sostienen, y se desquitan de este desvío incipiente, prolongándose hasta media falda en los trajes que no llevan volantes. El triunfo de éstos está asegurado en los vestidos de telas ligeras, no solo en la falda sino en la aldeta, en la manga, y en el cuerpo del vestido, formando tirantes por delante, y berta redonda por detrás. Este género á la Pompadour, en que abundan los falfalás, es muy español, y sienta perfectamente á los talles esbeltos.

La Moda está empeñada en sostener el gusto suntuoso y recargado del tiempo de Luis XV. Nuestras lectoras saben que Mma. Pompadour, fué favorita de aquel Monarca, y que dejando aparte los vicios con que la historia nos la da á conocer, protegió las ciencias y las artes, y fué en su época el oráculo de la Moda.

Una de las novedades de mas realce entre las de Primavera, son los pañuelos guarnecidos de encaje ó blonda negra: su fondo de seda ó de cachemir muy fino, blanco ó gris perla por lo general, lleva en algunos una guirnalda, bordada de seda del mismo color, y en los mas una cenefa de terciopelitos negros muy estrechos, dispuestos para llevar el pañuelo desmentido.

Un efecto muy parecido á estos pañuelos presenta la manteleta del figurín que con este número repartimos á las suscriptoras á la edicion de dos figurines. Esta confeccion se compone de una parte alta dispuesta á manera de fichú, que termina en punta, es de muaré antique, y va guarnecida de una blonda negra, sirviéndole de cabeza un rizado de blonda angosta, con un cordoncillo de azabaches. La parte baja es de tul, para que se transparente el talle, y concluye tambien en punta con otra guarnicion de blonda mas ancha que la de arriba y muy fruncida, con adornos correspondientes: esta parte última puede tambien ser de muaré. El vestido de esta figura es de tafetan verde, cerrado, y de aldeta larga: ésta y los volantes terminan en un jareton de dos centímetros de ancho, sobre el que se coloca un entredós de guipure negra, con dos agremanes en sus orillas.

El vestido de la otra figura es de tafetan gris, tambien cerrado, con botoncitos de acero, correspondientes á la hebilla del cinturon; con esto está dicho que el cuerpo no lleva aldeta. Una guipure negra, puesta como chal, ó mas bien como tirantes, por delante y por detrás, ligeramente fruncida, cubre en el hombro la costura de la manga. Esta es de forma pagoda, de bastante amplitud, y termina con otra guarnicion de guipure: en su parte superior forma cinco huecos, cogidos en cuatro presillas de la misma tela. La falda es lisa, en su parte superior, como á una tercia de la cintura: desde allí va cubierta con un volante, de muchísimo vuelo, que termina en un jareton: la cabeza del volante dobla sobre el mismo, con otro jareton guarnecido de un guipure no muy ancho.

AURORA PEREZ MIRON.

TEATROS.

La temporada teatral toca á su término. El *Príncipe* cerrará sus puertas dentro de breves días con las representaciones de *La Flor del Valle*, drama en tres actos y en verso, del señor D. Luis Mariano de Larra, que se estrenó antes de anoche á beneficio de la señora Rodriguez. La brillante concurrencia que llenaba el local aplaudió mercedamente al autor y actores, á quienes llamó al palco escénico. La beneficiada vestía con mucho gusto y estuvo muy feliz en el desempeño de su interesante papel.

LABORES.



NÚM. 1.

ENCAJE de punto de aguja para enagua, sabanilla de altar ó colcha.

1.^a *Vuelta*.—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 ps. del rev., 6 ps. lis., 1 meng., 1 p. lis., 1 trab., 1 p. lis., 2 ps. del rev., 1 p. lis., 1 trab., 1 p. lis., 1 sobrec., 6 ps. lis., 2 ps. del revés, 1 p. lis., 1 trab., 1 meng., 1 p. lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

2.^a—Dos ps. lis., 1 p. del rev., 2 ps. lis., 1 del rev., 2 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 2 ps. lisos, 5 ps. del rev., 1 meng., 1 p. lis., 1 trab., 2 ps. del rev., 2 ps. lis., 2 ps. del rev., 1 trab., 1 meng., 3 ps. del rev., 2 ps. lis., 9 del rev.

3.^a—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 ps. del rev., 4 ps. lis., 1 meng., 1 p. liso, 1 trab., 3 ps. lis., 2 ps. del rev., 3 ps. lis., 1 trab., 1 p. lis., 1 sobrec., 4 ps. lis., 2 ps. del rev., 1 p. lis., 1 trab., 1 meng., 3 ps. lis., 2 trabilla, 1 meng., 2 trab., 1 meng.

4.^a—Dos ps. lis., 1 p. del rev., 2 ps. lis., 1 p. del rev., 4 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 2 ps. lisos, 3 del rev., 1 meng., 1 p. del rev., 1 trab., 4 ps. del rev., 2 ps. lis., 4 del rev., 1 trab., 1 p. del rev., 1 meng., 3 ps. del rev., 2 ps. lis., 9 del rev.

5.^a—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 ps. del rev., 2 ps. lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 2 ps. del rev., 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 2 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 3 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 menguado.

6.^a—Dos ps. lis., 1 del rev., 2 lis., 1 p. del revés, 6 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 1 p. del revés, 1 meng., 1 p. del rev., 1 trab., 6 del revés, 2 lis., 6 del rev., 1 trab., 1 p. del rev., meng., 1 del rev., 2 lis., 9 del rev.

7.^a—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 1 meng., 1 p. lis., 1 trab., 7 lis., 2 del rev., 7 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 7 lis., 2 trabilla, 1 meng., 2 trab., 1 meng.

8.^a—Dos ps. lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del revés, 8 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 10 ps. del rev., 2 lis., 10 del rev., 2 ps. lis., 9 ps. del revés.

9.^a—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 ps. del rev., 6 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 2 ps. del rev., 1 lis., 4 trab., 1 lis., 1 sobrec., 6 lis., 2 ps. del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 9 ps. lis., 2 trab., 1 meng., 2 ps. trab., 1 meng.

10.—Dos ps. lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del revés, 10 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 5 ps. del rev., 1 meng., 1 p. del rev., 1 trab., 2 del rev., 2 lis., 2 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 3 del rev., 2 lis., 9 del rev.

11.—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 4 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 2 del rev., 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 4 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 13 ps. lisos.

12.—Diez puntos sobrec., 3 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 3 del rev., 1 meng., 1 del rev., 1 trab., 4 del rev., 2 lis., 4 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 3 del rev., 2 lis., 9 del rev.

13.—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 2 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 2 del rev., 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 2 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

14.—Dos puntos lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 2 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 1 del rev., 1 meng., 1 del rev., 1 trab., 6 del rev., 2 lis.,

6 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 1 del rev., 2 lis., 9 del rev.

15.—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 7 lis., 2 del rev., 7 lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 3 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

16.—Dos puntos lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 4 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 10 del rev., 2 lis., 10 del rev., 2 lis., 9 del rev.

17.—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 del revés, 7 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 2 del revés, 1 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 7 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 5 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

18.—Dos puntos lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 6 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 5 del rev., 1 meng., 1 del rev., 1 trab., 2 del rev., 2 lis., 2 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 5 del rev., 2 lis., 9 del rev.

19.—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 4 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 2 del rev., 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 4 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 7 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

20.—Dos puntos lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 8 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 3 del rev., 1 meng., 1 del rev., 1 trab., 4 del rev., 2 lis., 4 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 3 del rev., 2 lis., 9 del rev.

21.—Un punto del rev., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 2 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 5 lis., 2 del rev., 5 lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 2 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 9 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

22.—Dos puntos lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 10 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 1 del rev., 1 meng., 1 del rev., 1 trab., 6 del rev., 2 lis., 6 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 1 del rev., 2 lis., 9 del rev.

23.—Un punto sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 7 lis.,

2 del rev., 7 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 2 del rev., 1 lis., 1 meng., 15 lis.

24.—Diez puntos sobrec., 5 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 10 del rev., 2 lis., 10 del rev., 2 lis., 9 del rev.

Y se principia por la primera vuelta otra vez.

NÚM. 2.

BOLSA de Crochet.

Se ejecuta con torzalillo azul, negro y amarillo.

Se principia por hacer una cadeneta de 162 puntos con el torzalillo azul, reuniendo el último punto con el primero, y continuando en redondo sobre esta vuelta.

2.^a Vuelta.—Una presilla sobre el primer punto *, 1 lis., 1 presilla sobre el tercero, 1 lis., 1 presilla sobre el quinto y se repite desde la señal *, que hay al principio de esta vuelta hasta el fin de ella.

3.^a—Una presilla sobre el punto sencillo *, 1 lis., 1 presilla sobre el punto liso siguiente y se repite desde la señal * de esta vuelta.

4.^a y 5.^a—Como la 3.^a

Estas vueltas caladas formarán la abertura de la bolsa y servirán para pasar los cordones.

6.^a—Un punto doble sobre cada uno de los puntos dobles de la vuelta anterior.

7.^a, 8.^a, 9.^a, 10.—Como la 6.^a

11.—Un punto d. negro sobre el primer punto.*—Uno d. azul sobre cada uno de los cinco que siguen.—Uno d. negro sobre el siguiente, y se repite desde la señal * de esta vuelta.

12.—Un punto d. negro sobre cada uno de los dos primeros puntos.*—Uno d. azul sobre el que sigue.—Uno d. negro sobre cada uno de los cinco siguientes, y se repite.*

13.—Igual á la anterior.

14.—Toda de torzal negro hecha de puntos dobles.

15.—Con azul id.

16.—Con negro id.

17.—*Con torzal negro.—Dos sencillos.—Una presilla sobre el tercer punto.—Una presilla sobre cada uno de los dos puntos que siguen.—Dos sencillos.—Con torzal amarillo.—Una presilla so-

bres el tercer punto que sigue.—Una presilla sobre cada uno de los dos puntos que siguen.—Se vuelve á repetir desde la señal * quince veces, y se termina por dos puntos sencillos negros.—Una presilla negra.—Uno sencillo negro.—Tres presillas negras y dos sencillos negros.

48.—Con torzal amarillo.—*Una presilla sobre la última negra de la vuelta anterior.—Una presilla sobre cada uno de los dos puntos sencillos que siguen.—Con torzal negro.—Dos sencillos.—Una presilla sobre la última de las tres amarillas de la vuelta anterior.—Una presilla sobre cada uno de los dos puntos que siguen.—Dos sencillos.—Se repite desde la señal *, y esta vuelta se vuelve á principiar, y se hace diez y siete veces.

36.—Con negro un punto doble sobre cada uno de la vuelta anterior.

37.—Con azul id.

38.—Con negro id.

39.—*Un punto doble negro sobre cada uno de los primeros cinco de la vuelta anterior. Uno d. azul sobre el que sigue y se repite.*

40.—Uno d. azul sobre el primer punto.—*Uno d. negro sobre cada uno de los tres que siguen.—Uno d. azul sobre cada uno de los tres siguientes, y se repite desde la señal.*

41.—Uno d. azul sobre cada uno de los dos primeros puntos.—*Uno d. negro sobre el que sigue.—Uno d. azul sobre cada uno de los cinco siguientes, y se repite.*

42, 43, 44, 45 y 46.—Azul.—*Uno d. sobre dos puntos.—Uno d. sobre cada uno de los diez y seis que siguen, y se repite.*

47.—Uno d. negro sobre dos puntos.—Uno d. sobre cada uno de los nueve que siguen.—Uno d. amarillo.—Uno d. azul sobre cada uno de los cinco que siguen, y se repite.*

48.—*Uno d. negro sobre los dos primeros puntos.—Uno d. negro sobre cada uno de los siete que siguen.—Uno d. amarillo sobre cada uno de los dos siguientes.—Uno d. azul sobre cada uno de los cinco que siguen, y se repite desde la señal de esta vuelta.*

49.—*Uno d. negro sobre dos puntos.—Uno d. del mismo color sobre cada uno de los cinco que siguen.—Uno d. amarillo sobre cada uno de los otros tres.—Uno d. del mismo color sobre cada uno de los cinco que siguen, y se vuelve.*

50.—*Uno d. azul sobre los dos primeros puntos.—Uno d. del mismo color sobre cada uno de los tres que siguen.—Uno d. amarillo sobre cada uno de los otros cuatro.—Uno d. del mismo color sobre cada uno de los cinco siguientes y se repite.*

51.—*Uno d. azul sobre los dos primeros puntos.—Uno d. del mismo color sobre el que sigue.—Uno d. amarillo sobre cada uno de los cinco siguientes.—Uno d. azul sobre dos puntos.—Uno d. del mismo color sobre cada uno de los tres que siguen.*

52.—*Uno d. azul.—Uno d. amarillo sobre cada uno de los seis que siguen.—Uno d. azul sobre cada uno de los otros cuatro.*

53.—*Un punto d. amarillo sobre cada uno de los tres primeros.—Uno d. negro sobre el que sigue.—Uno d. amarillo sobre cada uno de los otros tres.—Uno d. azul sobre el que sigue.—Uno d. del mismo color sobre dos puntos.—Uno d. del mismo color sobre el que sigue, y se repite.*

54.—*Un punto amarillo sobre cada uno de los tres primeros.—Uno negro sobre dos puntos.—Uno amarillo sobre cada uno de los tres que siguen.—Uno azul sobre dos puntos.—Uno del mismo color sobre el que sigue.*

55.—*Un punto amarillo sobre cada uno de los tres primeros.—Uno negro sobre cada uno de los dos que siguen.—Uno amarillo sobre cada uno de los otros tres.—Uno azul sobre dos puntos.*

56.—*Un punto amarillo sobre dos puntos.—Uno amarillo sobre el que sigue.—Uno negro sobre cada uno de los otros cuatro.—Uno amarillo sobre el que sigue.*

57.—*Un punto amarillo sobre dos puntos.—Uno negro sobre cada uno de los cinco que siguen.—Uno amarillo sobre el otro siguiente.*

58.—*Un punto amarillo sobre dos puntos.—Uno punto negro sobre cada uno de los cuatro que siguen.*

59.—*Un punto amarillo sobre dos puntos.—Uno negro sobre cada uno de los tres que siguen.*

60.—*Un punto amarillo sobre dos puntos.—Uno punto negro sobre cada uno de los dos siguientes.*

En llegando aquí se reúnen todos los puntos, y en el remate se coloca una borla, como muestra el grabado, que deberá tener los mismos colores que lleva la bolsa; así como los cordones, los

que se pasarán por el calado de las primeras vueltas, como ya se ha dicho, y por último, se adornará la abertura de la bolsa con una puntilla hecha de la manera siguiente :

1.^a *Vuelta de la puntilla.*—Con negro.—Una presilla sobre el primer punto sencillo.—*Tres puntos lisos.—Una presilla sobre el tercer punto de la vuelta anterior.—Uno liso.—Una presilla en el mismo punto que se ha hecho la última.*

2.^a—Con amarillo se hace un punto sencillo sobre cada uno de la vuelta anterior.

NÚM. 4.

CESTILLA de perlas.

Se hace con alambre plateado, perlas de cristal y felpilla azul ó rosa.

Se toma un pedazo de alambre que tenga un largo proporcionado, y se ensartan en él diez y ocho perlas, retorciendo un extremo del alambre con el otro, de modo que forme un círculo, que deberá ocupar el centro de la cesta. En otro pedazo largo de alambre, que se sujeta al círculo, se engarzan doce perlas, y se sujeta otra vez, dejando seis perlas entre este retorcido y el anterior; se engarzan otras doce perlas, y se sujeta de la misma manera, dejando otras seis perlas por medio; se hace otra tercer presilla igual; despues se pasa el alambre tres cuentas hácia detrás, si el hueco de la cuenta lo permite, si no lo permitiese, habrá que terminar por un nudo, y poner el alambre en medio de una de las presillas, y se hacen otras tres, guardando las mismas distancias de las anteriores, de modo que irán á sujetarse al círculo, en la mitad de las otras presillas, y quedarán seis enlazadas.

Si como en las otras, lo permite el hueco de las perlas, y sino cortando el alambre se pasan tres cuentas de la primera presilla; se ensartan doce perlas, se lia el alambre en la misma presilla, entre la novena y décima perla; se ensartan otras doce perlas, se sujeta el alambre entre la tercera y cuarta perla de la presilla siguiente; se ensartan otras doce, y se sujeta el alambre entre la novena y décima perla de la misma presilla, y se continúa de la misma manera todo al rededor. Para formar otro orden de presillas sobre las que hay hechas, se pasa el alambre por medio de seis perlas de la

presilla inmediata, se ensartan doce perlas, se lia el alambre en medio de la presilla siguiente, y se continúa así toda la vuelta.

La cestita está concluida, y resta solo adornarla con la felpilla, pasándola por las penúltimas presillas, y entre la juntura de las últimas; de manera que cubre su union como muestra el dibujo.

Forrada esta cestilia de tafetan ó grós, podrá servir para guardar sortijas ú otras alhajas. Se podrá aumentar, si se quiere, otra vuelta de presillas igual á la última, y sobre ella.

El núm. 3 presenta la cestita en perspectiva.

ECONOMIA DOMESTICA.

Servicio de mesa para seis cubiertos.—Este servicio, que por el número de personas es para una comida de familia, debe ser sencillo. Mantelería adamascada, con mantel y mantelillo. Vajilla de porcelana, lisa, con filete de color. Botellas y vasos de cristal. A cada persona se ponen tres copas, una para vino común, otra para Burdeos, y otra para el que se sirva á los postres. Los cubiertos se colocan así: el tenedor á la derecha, la cuchara á la izquierda, y el cuchillo en frente del plato: es de muy buen gusto poner á cada convidado un salero pequeño de cristal con sal y pimienta. Las servilletas se colocan sobre los platos, sencillamente, como salen del armario. Ni los platos soperos ni el pan se ponen en la mesa: el camarero los sirve á cada convidado: lo mismo sucede con los platos en salsa.

Para seis cubiertos se ponen cuatro entreplatos: uno de anchoas, en frente de otro de aceitunas ó pepinillos: uno de naranja en cachos, en frente de otro de manteca fresca. A los postres se levanta el mantelillo, y se cepilla el mantel por delante de cada convidado. Se sirven los enjuagues antes de traer el café.

En el primer servicio se coloca en el centro un plato de vaca mechada y otros dos de aves á los lados.

En el segundo un capon asado en el centro: á un lado una menestra de guisantes, frente de un plato de pastelillos: al otro lado la ensalada en frente de las vinagreras.

A los postres, en el centro, una compotera de dulce en almíbar: á un lado un plato de almendras y otro de confituras: al otro lado uno de fresa, y otro de albaricoques.